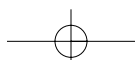
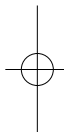
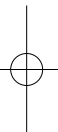
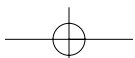
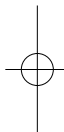
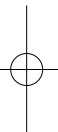


EMPERADOR EL TAPIZ DEL TIEMPO

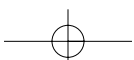
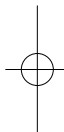
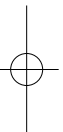




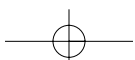
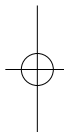
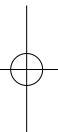
STEPHEN BAXTER

Emperador
El tapiz del tiempo

minotauro







TOPÓNIMOS

Banna: Birdoswald
Caledonia: Escocia
Camulodunum: Colchester
Durovernum: Canterbury
Eburacum: York
Dolaucothi
Londinium: Londres
Mona: Anglesey
Rutupiae: Richborough

Támesis: Río Támesis
Sabrina: Río Severn
Tinea: Río Tyne
Ituna: Río Solway
Río Cantiaci: Río Medway

Gesoriacum: Boloña
Massilia: Marsella

PRINCIPALES TRIBUS BRITANAS

Atrebates

Brigantinos

Catuvelaunos

Cantios

Durotrigios

Ecenios

Ordovicos

Silures

CRONOLOGÍA

- 55-54 a.C. Expediciones de Julio César a Britania
- 4 a.C. Nace Nectovelin
- 38 d.C. Fallece Cunobelin
- 43 d.C. Claudio invade Britania
- 51 d.C. Derrota de Caratacos
- 60-61 d.C. Revuelta de Boudica
- 69-71 d.C. Guerra civil y anexión brigantina
- 77-84 d.C. Campañas de Agrícola en Escocia
- 122 d.C. Adriano en Britania; da comienzo la construcción del muro
- 193-197 d.C. Britania regida por Clodio Albino
- 208-211 d.C. Campañas de Severo en Escocia
- 259-274 d.C. Britania regida por emperadores galos
- 287-296 d.C. Carausio y Alecto reinan en Britania
- 296 d.C. Constancio Cloro invade Britania
- 306 d.C. Constantino el Grande es elevado al trono en Britania
- 312 d.C. Constantino derrota a Majencio en Occidente
- 314 d.C. Constantino recluta tropas en Britania para guerrear en Oriente
- 324 d.C. Constantino único emperador. Se funda Constantinopla
- 337 d.C. Muerte de Constantino
- 350 d.C. Magnencio proclamado emperador en Britania
- 367 d.C. Conspiración de los bárbaros
- 378 d.C. Derrota romana ante los visigodos en Adrianópolis
- 383 d.C. Magno Máximo proclamado emperador en Britania
- 409 d.C. Revolución en Britania; fin del dominio romano de Britania
- 418 d.C. Pelagio excomulgado

NOTA RELATIVA A LAS MEDIDAS

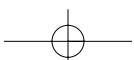
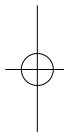
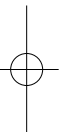
1 pie romano = 292 milímetros modernos

1 milla romana = 1,54 kilómetros modernos

ORACULUM NECTOVELINIUM

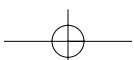
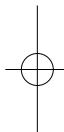
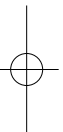
(LA PROFECÍA DE NECTOVELIN, 4 a.C.)

*Aulaeum temporum te involvat, puer, at libertas habes:
Cano ad tibi de memoriam atque posteritam,
Omni gentum et omni deorum, imperatori tres erunt.
Nomabitus vir Germanicus cum oculum hyalum;
Scandabit equos enormes quam domuum dentate quasi gladio.
Tremefacabit caelum, erit filius Romulum potens
Atque graeculus parvus erit. Nascitus deus iuvenus.
Ruabit Roma cervixis islae in laqueui cautei.
Emergabit in Brigantio, exaltabitur in Romae.
Pudor! Comprecabit deum servi, sed ispe apparebit deum.
Ecclesiam marmori moribundi fiet complexus imperii.
Reminisce! Habemus has verita et sunt manifesta:
Indico: omnis humanitas factus aequus sunt,
Rebus civicum dati sunt ab architecto magno,
Et sunt vita et libertas et venatus felicitae.
O puer! Involvaris in aulaeum temporum, fere!*



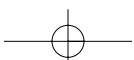
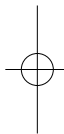
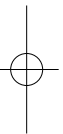
LA PROFECÍA DE NECTOVELIN

*¡Ah, niño! Tejido en el tapiz del tiempo, y aun así nacido libre.
Ven, déjame cantarte acerca de lo que es y de lo que será,
De todos los hombres y los dioses, y de los tres poderosos emperadores.
Con nombre germano, vendrá un hombre con ojos de cristal
A horcajadas de caballos grandes como casas que lucirán cimitarras
por dentadura.
Los temblorosos cielos anunciarán la llegada a la tierra del gran hijo
de Roma
«Pequeño griego» su nombre será. Mientras nace el niño dios,
Las fuerzas romanas atraparán a la isla del cuello con pétreo dogal.
¡Emergerá primero en Brigantia, exaltado después en Roma!
Postrado ante un dios servil, al final se revelará divino.
Abrazar la voluntad imperial marchitará el mármol de la Iglesia.
Recuerda esto, pues tenemos por manifiestas estas verdades:
Yo te digo que todos los hombres son creados iguales,
Los derechos inalienables garantizados por el Creador
Son la vida y la libertad y la persecución de la felicidad.
¡Oh, criatura! ¡Oh, tú, tejida en el tiempo, espero que escuches mi
mensaje! ¡Ataca la raíz!*



PRÓLOGO

4 a.C.



I

El día en que Brica dio a luz a su hijo, sobrino de Cunovic, fue un día muy duro, un día marcado por la muerte y el nacimiento. Cunovic llegaría más tarde a la conclusión de que también fue el día en que los fríos dedos del Tejedor empezaron a enhebrar los hilos del tapiz del tiempo.

El parto se inició a la intensa luz del mediodía, y el alumbramiento se alargó hasta que hubo anochecido, si bien, cabe decir que en pleno invierno los días eran cortos. Cunovic aguardaba con su hermano Ban, padre de la criatura, y el resto de su familia. En la gris penumbra que reinaba bajo el techo de paja, la madre de Brica, Sula, y las mujeres de la familia, se arracimaban en la mitad iluminada de la casa, murmurando palabras de consuelo y secando la frente de Brica con paños calientes. Las expresiones atentas de la familia eran como lunas cautivas suspendidas de las paredes curvas de la casa, pensó Cunovic. Sin embargo, a medida que se hacía patente que el difícil parto no estaba pronto a resolverse, Ban se inquietaba más y más, e incluso los niños se mostraban taciturnos.

El druida era el único extraño presente en la estancia, el único que no tenía una relación de parentesco con el nonato. El sacerdote era un hombre delgado con voz monótona, la cual, según sus propias palabras, emanaba de la mismísima Mona, la isla occidental de la plegaria y el conocimiento, donde aseguraba que había nacido. En ese momento caminaba por la casa y canturreaba sin parar, los ojos entornados, parpadeando. Cunovic pensó, malhumorado, que su presencia allí no le servía de nada a nadie.

Fue el anciano Nectovelín, abuelo de Cunovic, el primero en perder la paciencia. Se puso en pie con un gruñido, una montaña de músculo y grasa, y cruzó la estancia. La pesada capa de cuero

abanicó a Cunovic al pasar, desprendiendo olor a sangre, a sudor y a grasa, a perro, caballo y ganado; el anciano andaba cojo, apoyando buena parte del peso en la pierna izquierda, debido a una herida que se decía era el recuerdo de la guerra contra César, hacía cincuenta años. Salió de la casa, apartando de un manotazo la tela de cuero que hacía las veces de puerta. Los demás hombres, que habían permanecido sentados en la mitad oscura de la casa, se irguieron, tensos, y uno tras otro siguieron a Nectovelin al exterior.

Cuando el propio Ban se levantó, Cunovic lanzó un suspiro y lo siguió. Nectovelin era un hombre mayor que aquella noche se convertiría en bisabuelo. Que Cunovic recordara, había sido Nectovelin quien, con su poder, su talla y el peso del pasado, había liderado a la familia, sobre todo desde la muerte de su único hijo, el padre de Cunovic y Ban. Allí donde fuera Nectovelin, lo seguían los demás.

La noche era fresca, y en el cielo despejado las estrellas se antojaban esquirlas de hueso. Los hombres formaban corrillos, murmuraban y algunos de ellos mascaban cortezas. El vaho que exhalaban les envolvía la cabeza como un yelmo. Los perros, que esa noche se habían visto expulsados de la casa, tiraban de las correas y lanzaban ladridos quejumbrosos a la par que intentaban llegar junto a los amos. A pesar del frío que hacía, el ambiente estaba impregnado de una intensa humedad, pues era tierra de páramos.

Cunovic vio a su hermano de pie, algo distanciado de los demás, al borde de la zanja que rodeaba el puñado de casas. Cuando Cunovic se acercó a él, el suelo, cubierto de una capa de escarcha, crujió bajo el cuero de su calzado.

Los hermanos se dejaron impregnar por la quietud. La pequeña comunidad, llamada Banna, se erigía en una cordillera que miraba al sur, sobre un valle cubierto de árboles. Aquella noche no brillaba la luna, pero la luz de las estrellas resplandecía en las aguas del río que corría al pie del risco, y Cunovic distinguía las curvas sensuales de las sombrías colinas que se insinuaban más al sur. Aquél era el hogar del pueblo brigantino. Por la mañana asomaban las columnas de humo de las casas repartidas por aquel paisaje poblado por gentes y ganado. Aquella gente llevaba allí mucho tiempo, como podía deducirse de los túmulos que atestaban el borde del risco, entre los árboles ancianos. Sin embargo, en aquel mo-

mento no se veía una sola luz, porque las casas la atesoraban junto con el calor de los fuegos.

Cunovic aguardó a que su hermano estuviese dispuesto a hablar. Ban sólo tenía veinte años, cinco menos que el propio Cunovic.

–Me alegra verte aquí –admitió, al cabo, Ban–. Me vendrá bien estar acompañado.

Cunovic se sintió conmovido.

–Sé que he pasado mucho tiempo fuera. Pensé que nos distanciaríamos...

–Eso nunca.

–Además, no es que te sirva de gran cosa. No tengo hijos. Nunca he pasado por eso, aún no, al menos.

–Pero estás aquí –dijo Ban, solemne–. Como lo estaré yo cuando llegue el momento. Supongo que echas de menos los lujos de tus viajes. ¿Quién no querría darse un baño en un estanque de agua humeante en una noche como ésta?

Cunovic lanzó un gruñido antes de responder.

–No creas todo lo que se dice por ahí. El rey de los catuvelaunos se ha hecho construir unos baños. Pagó una fortuna a un arquitecto romano para que se los diseñara. Pero los comerciantes de la Galia dicen que para ellos no es más que un hoyo enfangado donde ni dejarían revolcarse a los cerdos. Claro que eso no se lo dicen al rey a la cara.

El comentario hizo reír a Ban, a pesar de lo consciente que era Cunovic de algunos de los términos latinos que había introducido sin darse cuenta en la conversación: palabras como «arquitecto», «diseñar», incluso «pagar», cosas que para su hermano apenas tenían significado.

–Pero te saliste con la tuya. Te va bien en el comercio. ¿No te sientes raro al volver? Eres como el perrazo que vuelve a recostarse en el lecho de paja, hermano.

Cunovic contempló el somnoliento paisaje que lo rodeaba.

–No –respondió–. En el sur tienen pocas colinas, pocos valles, y tan prietos todos que apenas puedes ver más allá de la cima más cercana. La tierra está sembrada de yeso. Los veranos son demasiado calurosos y todo se cubre de barro en invierno. No se disfruta de noches como ésta. –Aspiró el aire gélido, como si quisiera limpiarse los pulmones.

–Ah... –Ban sonrió–. Echas de menos a Coventina.

Coventina era la diosa del lugar. Podían distinguirse las curvas de su cuerpo en el trazado de las colinas, y su sexo en las verdes sombras que se proyectaban en el valle.

–Sí, echo de menos a esa vieja moza –admitió Cunovic.

Lo asustó un sonoro resoplido. Era Nectovelin.

–Tú lo llamas «hogar», pero no anduviste cerca para levantar el edificio de la casa nueva, ¿verdad? Creo que nosotros sabemos dónde reside tu corazón, Cunovic.

II

Nectovelin tenía la habilidad de deslizarse a hurtadillas hasta el lugar donde estuvieras. A pesar de su peso y de la cojera, se movía furtivamente, y siempre lo hacía a sota-vento. Cunovic pensó que conservaba el instinto guerrero, ese instinto era como los surcos de las ruedas de carro, estaban tallados en su personalidad y hablaban con mayor claridad del pasado de Nectovelin que todas sus baladronadas.

A Cunovic siempre le dolía que ese hombre impresionante, su abuelo, pareciera menospreciarlo.

–Te equivocas conmigo –aseguró–. Quizá no arrimé el hombre para construir la casa, pero los regalos que envié ayudaron a pagarla.

Nectovelin carraspeó y escupió.

–Hablas como ese druida de entrañas prietas –dijo–. Pero las palabras son como el polvo. ¡Mira en qué te has convertido! Vistes túnica de lana, como tu hermano, pero tienes el rostro terso, el cabello peinado, incluso ni siquiera tienes pelos en las orejas o en la nariz. Esa casa que es tu cuerpo muestra a qué aspiras en convertirme.

Cunovic dio un paso hacia el anciano, desafío deliberado que hizo que Nectovelin se envarase.

–Y tú eres un hipócrita –dijo en voz baja Cunovic–. No recuerdo que rechazaras los alfileres de plata o la ánfora de vino con la que ayer mismo compraste cinco cabezas de ganado para Macha, el otro viejo mezquino del valle. Puede que no te guste, abuelo. Puede que no sea como en los viejos tiempos. Pero así funciona ahora el mundo.

Nectovelin le devolvió la mirada, inmóvil como un lobo, el rostro una máscara cubierta de sombras.

Ban acudió en su ayuda. Se interpuso entre su hermano y el abuelo.

—Esta noche no. Bastante tengo que soportar ya.

Nectovelin mantuvo un latido de corazón más su mirada imperturbable, y Cunovic no tuvo problema en apartarla antes. Los tres se separaron y cedió la tensión.

En el incómodo silencio que siguió, los tres se volvieron hacia la casa. Era una entre una docena, rodeadas por la zanja desigual, y en la oscuridad su perfil cónico era chaparro, casi deforme. Pero era necesario ver más allá. Los postes que la sustentaban debían su origen a árboles señalados desde su nacimiento para servir a ese propósito, asegurados con tal firmeza que no habían sido necesarios codales. El amplio espacio abierto que había en el interior estaba dispuesto, de acorde con la antigua tradición, para reflejar los ciclos de los días y las estaciones. La única puerta miraba al sudeste, hacia la salida del sol en el equinoccio. Al caminar por la casa, siguiendo el recorrido del sol a lo largo del día, se pasaba de la parte iluminada de la casa, a la izquierda, donde jugaban los niños, se tejía y se molía el grano, a la parte oscura, nocturna, donde se preparaba la comida y se dormía. En ese momento, Brica yacía en un jergón, justo a la izquierda de la puerta, ya que aquél era el lugar para alumbrar, mientras que la más anciana de sus abuelas se encontraba sentada a la derecha de la puerta, para cuando, llegado el momento, estuviera más cerca del frío portal que la conduciría a la muerte.

Que Cunovic supiera, los sureños engréidos que intentaban imitar a los romanos imaginaban que esas casas no eran sino espaciosos muladares, construidos por hombres con la inteligencia de un niño. Pero andaban muy equivocados. Los brigantinos eran capaces de levantar cualquier tipo de edificio. La mayoría de los establos y graneros eran de planta rectangular, por cuestiones prácticas, y a veces los hacían de piedra, igual que los romanos. Pero preferían construir las casas de planta circular y con madera, reflejo de su modo de pensar, reflejo también de los ciclos vitales y de lo que simbolizaba su diosa.

A todo ello le daba vueltas Cunovic en la cabeza. Estaba orgulloso de su casa y del modo en que había contribuido a su construcción. Una casa brigantina a la vieja usanza. Siempre sería un brigantino.

Pero como comerciante de perros, caballos y cuero no sólo tenía que vérselas con los tunantes reyes sureños, sino con sofistica-

dos hombres del Mediterráneo, el mismísimo corazón del enorme y misterioso mundo romano. Había tenido que aprender a ser de otro modo. El de Nectovelin era un mundo de familia y fidelidades a las que uno se veía ligado con lazos de hierro desde el nacimiento a la muerte. Cunovic se movía en un mundo mucho más libre, un mundo en el que podía hacer cualquier cosa, siempre y cuando le diese dinero. Se había acostumbrado a ello. Sin embargo, en presencia de viejos orgullosos como su abuelo, a veces se sentía como si estuviera dividido en dos.

La tela de cuero de la entrada se movió, y por ella se filtró la luz procedente del interior, momento en que Cunovic alcanzó a oír los gritos de Brida y el constante arrullo del druida.

Inquieto, Ban descargó una patada en el suelo.

–No marcha bien. Lleva mucho rato.

–Eso no lo sabes –dijo Cunovic–. Tú deja hacer a las mujeres.

–Puede que sea el canturreo de ese sacerdote –gruñó Nectovelin–. ¿Quién podría concentrarse con ese gorjeo en el oído, aunque sea para empujar a un cachorro?

Cuando Cunovic era niño, la función de los sacerdotes consistía en aconsejar acerca de los ciclos estacionales, o en caso de enfermedad del ganado o el trigo, un conocimiento transmitido de generación en generación, un conocimiento que se decía costaba a un novicio no menos de veinte años de su vida. En los últimos años, las cosas habían cambiado. Cunovic había oído que los romanos expulsaban a los sacerdotes de la Galia, tras haberlos declarado conspiradores contra los intereses del Imperio, razón por la que los sacerdotes andaban por ahí, soliviantando contra los romanos. Además, Nectovelin solía decir que los druidas y sus extrañas ideas tan sólo servían para entrometerse entre el pueblo y los dioses. ¿Quién necesitaba a un sacerdote si bastaba con mirar en derredor para ver a la diosa en el paisaje?

Cunovic no pudo morderse la lengua.

–Si se entromete, abuelo, échalo. Después de todo, es tu casa.

–Eso no se puede hacer –se apresuró a intervenir Ban–. Dicen que si echas a un druida cae sobre ti una maldición.

–Sea o no cierto, con la de gente que lo cree es mejor no molestar a nadie –dijo Nectovelin–. No te preocupes, nieto. Soportaremos al sacerdote igual que soportamos ese orín de vino romano que nos trae tu hermano. Procuraremos centrarnos en lo importante: cuidar de tu hijo. –Su rostro, cubierto de cicatrices, dibujó

una sonrisa mohína—. Brica me contó que piensas ponerle mi nombre.

—Has cumplido los setenta años, abuelo. ¿Qué otra opción hay?

—En ese caso, confiemos en que se parezca a mí, que sea fuerte y que tenga ocasión de partir algunas narizotas romanas, porque sé que ha nacido para luchar.

—Y si es niña y se parece en algo a ti, Nectovelin, aún será más aterradora —apuntó Cunovic.

Rieron.

Entonces, Brica lanzó un grito que rasgó la quietud nocturna. Acto seguido empezó a parlotear como una cotorra, un discurso pronunciado en tono agudo cuya inverosimilitud hizo que a Cunovic se le congelara la sangre en las venas.

Ban echó a correr hacia la casa, seguido por Cunovic. Nectovelin caminó pesadamente tras ambos.

III

En el interior, Brica yacía tumbada en el jergón. El círculo de mujeres, visiblemente cansadas tras el largo parto, recostaban la espalda en las paredes de la casa, impotentes.

La palidez del rostro de Brica contrastaba intensamente con la mancha roja que tenía entre las piernas, como si toda su fuerza vital se escurriese por ese punto. Cunovic vio una cabecita, cubierta de fluido gris, deforme aún tras el canal del nacimiento que había atravesado. El bebé, cuyo cuerpo seguía alojado en el interior de Brica, se apoyaba en las fuertes manos de Sula, su abuela. Al igual que su madre, estaba muy pálido, y tenía pelo, una pelusa rojiza.

Y Brica, que parpadeaba tal como había hecho el druida al rezar, declamaba aún rápidamente. Las mujeres estaban inquietas; algunas de ellas incluso se habían tapado los oídos. El sacerdote se había refugiado en el otro extremo de la sala, los ojos abiertos como platos.

Cunovic observó la escena como en un trance. Era incapaz de seguir el discurso, que era rápido y exasperado, pero alcanzó a distinguir algunas palabras, o eso creyó.

Sula, que sostenía la cabeza de su nieto, dirigió una mirada de desesperación a Ban.

—Ay, Ban, este bebé está débil, su corazón palpita como el de un pajarillo, y no quiere salir. Ella está demasiado cansada para empujarlo. —Tuvo que levantar la voz para imponerse al ruido que hacía Brica.

—Pues tendrás que abrirla —dijo Ban.

—Nos disponíamos a hacerlo cuando se puso a hablar de esa manera —confesó Sula—. ¡No podemos concentrarnos! ¡Ninguna de nosotras puede!

Nectovelin lanzó un gruñido. Dos pasos lo llevaron al lugar donde estaba el druida, a quien asió de la túnica para acercarlo al lecho.

–¡Tú! ¿Es obra tuya? ¿Está pronunciando una maldición?

–¡No, no! ¡Por mi madre que no es así! –El druida era un hombre delgado, pálido y de escasos cabellos; tendría alrededor de cuarenta años, y temblaba.

Entonces, Cunovic pronunció el nombre de su abuelo con la suficiente firmeza para que éste se volviera hacia él.

–No servirá de nada. Él no tiene nada que ver. Suéltalo.

–Y ¿cómo puedes estar tan seguro?

–Porque reconozco lo que está diciendo Brica. No son ésas las palabras de los dioses. Al menos, no de los nuestros.

–¿Entonces?

–Latín. Habla latín.

Se produjo un silencio, roto únicamente por el continuo parloteo de Brica.

Nectovelin soltó al druida, quien cayó al suelo hecho un ovillo, avergonzado.

–¿Cómo es posible? –preguntó Nectovelin, elevando el tono de voz-. ¿Quién de los presentes sabe latín?

–Nadie excepto yo –respondió Cunovic–, aunque habrá aprendido algunas palabras de mí y de los comerciantes. –Brica siempre había sido una muchacha tímida y callada, que probablemente en toda su vida no se había aventurado a más de un día de camino del lugar donde había nacido.

–Y ¿qué está diciendo?

–No tengo ni idea...

Cunovic se dispuso a escuchar lo que decía Brica con intención de distinguir las palabras. No eran más que unos pocos versos, versos ramplones que repetía una y otra vez. Pensó que alguien debía escribirlos. Tendría que hacerlo él, puesto que era el único miembro de la familia que sabía leer y escribir. Buscó la bolsa, de cuyo interior sacó una tabla y un estilo, y se puso a escribir a toda prisa. Los niños lo observaron sorprendidos. Las letras que dibujaba en la tabla encerada debían parecerles cosa de magia.

Nectovelin abrió los ojos desmesuradamente al volverse hacia Ban.

–Con un alumbramiento así, con su madre parloteando en latín, su vida ya está marcada. Llámalo como quieras, Ban. No será un guerrero.

–¡Anciano arrogante! ¿Incluso en un momento así tienes que pensar en ti mismo? No tengo tiempo para ti y las guerras que li-

braste antaño. César murió hace tiempo, y tú lo harás pronto, ¡y tú tu persona y tus fanfarronadas caeréis en el olvido! –respondió un airado Ban.

Por un instante, Cunovic pensó que el gigante Nectovelin iba a tumbar de un golpe a su nieto. Sin embargo, Nectovelin se limitó a mirar fijamente a Ban, con el desprecio acentuado en su rostro cubierto de cicatrices, antes de salir caminando de la casa.

–Debemos abrirla –apremió Sula, cuyo pragmatismo se impuso al misterio del parloteo de Brica y el enfrentamiento entre los dos hombres–. Ban tiene razón. Tenemos que sacar de ahí al bebé antes de que ambos mueran. –Las otras mujeres asintieron y se acercaron al lecho.

Sula alzó un cuchillo de piedra. Aquel objeto ofrecido por la tierra era el instrumento tradicional para situaciones tan desesperadas como aquella, y Cunovic era consciente de que aquel cincelado filo era más afilado que el mejor hierro brigantino, incluso más que el acero romano. Brica gritó mientras la hoja se hundía en la carne. Ban se mordió el labio. Era consciente del riesgo que entrañaba el asunto.

Brica no dejó de parlotear en latín, y Cunovic siguió transcribiendo en la tabla. Las palabras eran extrañas, enigmáticas, inconexas: Caballos grandes como casas... Un poco de griego... Mármol marchito...

Cunovic empezó a comprender que se trataba de una descripción del futuro, o de una parte del futuro, una descripción de sucesos que acontecerían mucho después de que Brica y él y todos ellos hubieran muerto. Cunovic imaginó a un mago encerrado en una oscura celda, en algún punto del pasado o del futuro, vertiendo aquellas extrañas palabras en la mente de la pobre Brica, en aquel momento en que estaban en juego tanto el nacimiento como la muerte: un mago, Tejedor de los hilos de la historia, hilos que eran como vidas humanas. Pero, ¿por qué?

Cunovic no supo si servía a una causa buena o mala al transcribir aquellas palabras; no obstante, en cuanto empezó, le sorprendió descubrir que no se atrevía a parar. Y a medida que las palabras se dibujaron en la tabla, palabras pertenecientes a una lengua que aquella mujer no podía conocer, palabras pertenecientes a la lengua del imperio más poderoso de la tierra, Cunovic intentó mantener a raya sus propios temores supersticiosos.